

agita, sueña... ¿Por qué no intentar la curación, el retorno al mundo de los colores y las formas? ¿Por qué renunciar al placer de la luz? La redoma con el agua prodigiosa está al alcance de su mano. ¡Tentación invencible! Tchang I desliza las tres gotas entre sus párpados. La curación es automática. ¡Oh milagro! Ve... Se levanta. Lo ve todo...

Ve a Tchao, el mendigo, robándole unos objetos preciosos. Wien Sieou, disfrazado con un vestido paternal, profana, entre saltos y reverencias grotescos, el trono de los antepasados. Los presentes que ha recibido del Emperador traen el nombre de Li-Kiang, que firmaba sus versos. Se aproxima a la alcoba de su mujer, y un murmullo amoroso lo detiene... Su desgracia es completa.

—¡Ah—exclama—, entre la realidad y nosotros es necesario un velo para ser feliz!

Un grito horrible desgarró la quietud de la noche. Tchang I se ha arrancado los ojos. Tiemblan la esposa adúltera, el hijo sacrílego, el amigo traidor, el secretario infiel. Y el poeta murmura:

—Ahora soy el más dichoso de todos los mortales. Experimento la tranquilidad de un dios...

* *

Literatura. La vida de Clemenceau desmiente la misantropía desesperada, el pesimismo absoluto de *El velo de la dicha*. Pocos hombres de nuestra época han sido más ágiles, más hábiles y constantes en la lucha contra la perfidia y la perversidad humanas que él. Pocos ojos se han mantenido más abiertos y escrutadores que los suyos ante la desgracia. Si el *Tigre* hubiese sido un Tchang I, habrían terminado la guerra—en Francia—los derrotistas de 1917.

Jorge Clemenceau utilizó una ráfaga de escepticismo juvenil para escribir su tenebroso—y substancioso—cuento. Ahora, mientras se desliza sobre la pantalla y él lo contempla con sus ojuelos vivaces, debe de pensar, acariciando sus bigotes de mandarín:

—Esto es una... sombra chinesca. En la realidad, yo le he sentado la mano—la garra—a las Si-Tchuns, a los Tou Fou, a los Li-Kiang... Y si no lo hubiese hecho, no estaría ahora en un *cine* de París escuchando, como en 1918, los aplausos de la multitud.

Y parece que Jorge Clemenceau, rejuvenecido por este «nuevo éxito», prepara una cinta de largo metraje: *El secreto de la victoria*.

ALBERTO INSÚA

(*La Voz*, Madrid).

COLOQUIOS DE NUESTRO TIEMPO

La política de mañana

AL caer de la tarde, en una avenida del Retiro. Dialogan, paseando, nuestros tres interlocutores: Fabio, Julio y Diego, vecinos de Madrid, ciudadanos de España, estudiosos del Mundo, hijos del Siglo. «Las palabras vuelan»... Pero vale la pena de pararse un instante observando ese libre volar de los vocablos y de las ideas, antes de que, acaso, se los lleve el viento...

Diego.—Se puso el sol. Esta es la hora triste. La hora en que, en los hogares, ya no se ve para proseguir el trabajo y todavía da pereza encender la lámpara. Así se hallan los pueblos en los períodos de transición. No me placen. Ni son día ni noche; ni sombra ni luz.

Fabio.—Por el contrario, amigo; esta es la hora del filósofo. Sólo en el crepúsculo—decía Hegel—empieza a volar el buho de Minerva. A mí me encanta esta hora incierta que los hebreos llaman «la hora entre *minha* y *marev*...» La hora entre la plegaria de la tarde y la oración de la noche. Es la hora del coloquio, de la meditación, del ensueño... Yo adoro también estos períodos constituyentes, estas etapas en que el camino de los pueblos da una súbita vuelta. Son, después de todo, los momentos propicios para que el observador reflexivo corrija sus impresiones, compruebe sus criterios, rejuvenezca su doctrina y ensanche sus horizontes espirituales.

* *

Diego.—Pero estos períodos de transición no pueden ser largos. Transitorio llamamos a lo que evoluciona de uno a otro estado, y, a la vez, a lo que fácil y brevemente pasa y se acaba. ¿Cómo volver después a la legalidad?

Julio.—¿Legalidad? Cuando surge un régimen nuevo, lo fenecido no suele ser nunca la legalidad, sino, por el contrario, una ilegalidad organizada. ¿A qué llamas tú la legalidad?

Diego.—Doy este nombre a aquel estatuto de derecho, sea el que fuere, que regula la vida colectiva, obligando juntamente a gobernados y gobernantes, al pueblo y a los propios legisladores.

Julio.—En este amplio sentido, ¿qué duda hay de que la legalidad renace siempre? Es una conquista varias veces milenaria, a la que no va a renunciar ahora Europa. Mas no olvides que, después de cada crisis nacional, la legalidad que resurge es ya otra legalidad diferente.

Diego.—Sólo hasta cierto punto. Todo cambio político o social destruye menos de lo que quiere destruir y parece haber destruido. ¿No mostró recientemente Sorel cómo hasta la misma Revolución de 1789 se encuadró dentro de las viejas estructuras de la sociedad francesa?

Julio.—Es cierto. Pero no lo es menos que también toda restauración, social o política, restaura menos de lo que pretende restaurar. Hay un pasado que ni volverá ni debe volver.

Diego.—Pero los problemas vivos de un país, ahí están. Habrá que buscarles soluciones; soluciones nunca perfectas y definitivas; siempre rectificables y mejorables, que ésta es la ley de la existencia; lo mismo en el campo de la economía o la Hacienda, que en el de la educación, las obras públicas, la defensa nacional, los servicios del Estado, el régimen de los protectorados o colonias. Al conjunto de estas soluciones, ¿cómo le llamaremos si no le llamamos una política? Luego habrá que volver a la política.

Julio.—A otra política.

Diego.—Pero que no podrá estar flotando, difusa, en los limbos de la indiferenciación. Tendrá que actuar orgánicamente. Y como, por fortuna, no todos pensaremos lo mismo—lo que, a la postre, equivaldría a no pensar nada—, actuará en encontradas corrientes—«Diversité, Sirena d'il mondo!...»—, o, lo que es lo mismo, en distintos partidos.

Julio.—Nuevos partidos.

Diego.—Y, al cabo, habremos de volver también a un órgano representativo, formado por elección del país, constituido en Cámara deliberante y legislativa, con independencia y publicidad. Es decir, que volveremos al Parlamento.

Julio.—Otro tipo de Parlamento.

Diego.—Pero, en fin, Parlamento, partidos, política... No vive en el siglo xx quien se halle encantado de la democracia parlamentaria. Tampoco vive en el siglo xx quien crea que se ha descubierto, hasta ahora, una cosa mejor.

Fabio.—Y esa cosa mejor, ¿no sería, simplemente, una mejor democracia parlamentaria?... Con temor y con gozo, a la par, reflexionaba yo sobre el tema de vuestra controversia. Muchos respiran en mi patria creyendo que ya están para siempre exentos de la política. A la larga, una política mala no se supera más que con una política buena. El vicioso e inepto